



Domingo XVII, Tiempo Ordinario - A

El Reino es la mayor riqueza

Comentarios preparados por el P. Behitman A. Céspedes De los Ríos (Diócesis de Pereira), con el apoyo del P. Emilio Betancur M. (Arquidiócesis de Medellín). Cf. Servicio Bíblico Latinoamericano.

Lecturas

1 Reyes 3,5.7-12: *Pediste discernimiento*

Salmo 118: *¡Cuánto amo tu voluntad, Señor!*

Romanos 8,28-30: *Somos imagen de su Hijo*

Mateo 13,44-52: *Vende lo que tiene y compra el campo*

« El Reino de los cielos se parece a... »

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos:

«El Reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en un campo: el que lo encuentra lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, va y vende cuanto tiene y compra aquel campo.

El Reino de los cielos se parece también a un comerciante en perlas finas, que, al encontrar una perla muy valiosa, va y vende cuanto tiene y la compra.

El Reino de los cielos se parece también a la red que los pescadores echan en el mar y recoge toda clase de peces; cuando se llena la red, los pescadores la sacan a la playa y se sientan a escoger los pescados, ponen los buenos en canastos y tiran los malos. Lo mismo sucederá al final de los tiempos: vendrán los ángeles, separarán a los malos de los buenos y los arrojarán al horno encendido. Allí será el llanto y la desesperación. ¿Han entendido todo esto?»

Ellos le contestaron: «Sí».

Él les dijo:

«Por eso, todo escriba instruido en las cosas del Reino de los cielos es semejante a un padre de familia, que va sacando de su tesoro cosas nuevas y cosas antiguas».

Palabra del Señor

Frente al Reino ningún precio es demasiado alto

Hay que tener muy claro que la presentación que de Salomón hace el primer libro de los Reyes, pretende mostrar (bastante románticamente) lo que para el escritor sagrado representaba este rey “maravilloso” en la

teoría, pero que en la práctica y por lo que consiguió en la historia del pueblo, no pasó a ser sino un rey como tantos, que se corrompió y aprovechó su poder para explotar, esclavizar y manipular la conciencia débil del pueblo, y construir su reinado de gloria según la imagen literaria que se construyó en torno a su figura y su reinado.

Hay que saber diferenciar entre la estructura del reino que representa Salomón (la de la monarquía con sus estructuras económicas, políticas, militares y religiosas para manejar los hilos del poder) y la propuesta del Reino que presenta y enseña Jesús con sus palabras, pero sobre todo con su práctica de justicia y de igualdad.

(Puede ser interesante hacer una referencia a la historicidad de Salomón. La «nueva arqueología bíblica» ha sorprendido al mundo al comprobar que no existe ningún testimonio extrabíblico sobre Salomón... El famosísimo rey, gobernador de un inmenso imperio, al que acudieron a visitarle personajes lejanos («venidos del fin del mundo») debido a la fama que alcanzó su inteligencia –la lectura de hoy tiene mucho que ver con esa inteligencia–, no es citado en ninguna de las fuentes históricas extrabíblicas; es decir: al margen de la Biblia –que como sabemos no es un documento «histórico»– no tenemos ninguna noticia de que Salomón haya existido realmente. Lo cual no invalida el mensaje espiritual que estos textos nos dan, pero sí nos exige tomarlos con esa conciencia, sin confundirlos con relatos históricos. Sobre la «nueva arqueología bíblica, véase más abajo).

Si pasamos a Jesús, su Utopía, lo que él llamó «el Reinado de Dios», nos abre los horizontes hacia una nueva humanidad. Si se descubre el valor absoluto que tiene el Reino, es necesario tomar una decisión, pues frente a ese tesoro, ningún precio es demasiado alto. El Reino se convierte así en el único valor absoluto para quien lo descubre.

El proyecto del «Reino de los cielos», según la expresión de Mateo, se convierte para muchas personas en una alegre pero exigente sorpresa. Ese Reino comporta una exigencia que genera inseguridad, pues se descubre que hay que desapegarse y desprenderse de hecho de muchos «bienes» que atan, e ir al encuentro de la absoluta posesión del Reino, como el mayor tesoro. Quien ha descubierto desde su práctica concreta en la vida, los valores del Reino... encontró lo que buscaba, la mejor «perla» que podía imaginar.

Las dos parábolas (del tesoro escondido y de la perla) nos enseñan que el Reino (la realización de la Utopía) es la mayor riqueza que puede desear el seguidor de Jesús: luego de sentir la llamada de Jesús y de descubrir esa

Utopía, el camino se debe seguir con radicalidad y alegría, porque se ha encontrado algo por lo que merece la pena darlo todo, hasta la propia vida: el Reinado de Dios, el Buen Vivir, el mayor Bien (Ubi bonum, ibi Regnum), la transformación radical de nuestro mundo, con sus tantas y tantas estructuras injustas.

Jesús concluye esta enseñanza preguntando si han entendido todo lo dicho por medio de la palabra. Y presenta el modelo ideal del discípulo, capaz de entender el mensaje del Reino y sacar oportunamente lo viejo y lo nuevo del mensaje. La novedad del Reino viene por medio de la palabra, acumulada en la historia del propio pueblo en sus valores, la cultura, el proyecto original en torno al cual se dio origen a Israel como pueblo, sus luchas y procesos en búsqueda de la justicia y su interpretación de la historia desde un Dios liberador, con su opción por los pobres. Esta oferta del Reino que propone Jesús, espera y requiere hombres y mujeres capaces de incorporar y encarnar los valores del Reino en las realidades sociales en las que vivimos.

¡Qué pedimos a Dios!

Salomón el que había llegado a ser rey por peripecias poco virtuosas, incluyendo la intriga política y los asesinatos, fue consagrado rey de manera precipitada en la fuente del Guijón. Él comprendió que era muy difícil ser rey de Israel y requería de la sabiduría como el bien más valioso del mundo, el tesoro y la perla del evangelio de hoy. Su plegaria en el santuario de Gabaón es modelo de humildad y confianza.

Si nuestro corazón es como el corazón de Dios, ¿qué es lo máximo que puede pedir un creyente? Puede pedir como Salomón la sabiduría para conducir la propia vida y ayudar a orientar a los demás para distinguir entre el bien y el mal que es lo que confunde el corazón. La inteligencia tiene que ver con la cabeza pero la sabiduría es cuestión del corazón. Gracias a Salomón descubrimos que Dios perdona nuestro pasado así haya sido poco virtuoso, no importa que hayamos sido buenos lo que más debe interesarnos es que en un momento dado de la vida Dios nos haga sabios y por la experiencia personal de nuestra vida queramos ser sabios.

Un corazón sabio se adquiere de acuerdo a la palabra de Dios, escuchada y sembrada en buena tierra (el corazón): “vale más tu palabra que miles de monedas de oro y plata, en tu palabra he puesto mi contento, tus palabras son mis guías, tus palabras Señor son admirables, por eso yo las sigo. La explicación de tu palabra da luz y entendimiento a los sencillos” (Sal 118).

¿Dónde está la sabiduría?

Demos gracias a Dios por Jesucristo, por la Iglesia, por nuestros padres y formadores que supieron sembrar la semilla de la fe y muchos otros principios en nuestro corazón como participación de la sabiduría de Dios.

A nosotros nos corresponde encontrarla porque está escondida en el camino de nuestra vida y la vida de los demás; de manera especial en la vida de los pobres.

En la búsqueda honesta de cosas precisas en el camino de la vida nos podemos encontrar con la sabiduría que amerita y exige comprar, vender muchas cosas y hasta comprar un campo apto para que ella crezca. La palabra que viene dada como reino es un tesoro inapreciable que merece muchos sacrificios, buscar, vender y comprar.

El evangelio enfatiza la diferencia de caracteres de los dos personajes: el primero se alegra de su descubrimiento, va, vende y compra; el segundo no dice nada, sino que hace una operación comercial, vende lo que posee y compra la perla. Lo que nos dice y promete la palabra (el Reino) es una oportunidad que no se puede perder “convertíos y creed en la buena nueva (la perla)”.

Cuando a Jesús le preguntó el joven rico “maestro ¿qué he de hacer para ganar la vida eterna?” Jesús le respondió: “solo una cosa te falta: vende lo que tienes y dalo a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, luego ven y sígueme” (Mc 10,18-21).

La parábola de la pesca requiere un acercamiento diferente a las parábolas anteriores. No se puede olvidar que el presente es tiempo de pesca, es decir, de recoger gente de toda clase, y que sólo se escogerá cuando llegue a la playa. La demora es la oportunidad de aceptación del evangelio que tiene todo hombre o mujer.

Queda la última parábola, mucho más corta, que compara al escriba convertido en discípulo y al dueño de casa que saca de su tesoro cosas nuevas y antiguas.

La sabiduría es un tesoro

Conocer la palabra de la primera alianza (A.T) y la encarnación de esa palabra (N.T) es conocer por la palabra a Jesucristo que es el tesoro escondido que espera por la misma palabra ser reconocido. La fe es el

reconocimiento de Jesús por medio de la palabra, como nos lo explica el Evangelio.

La posesión del Reino: búsqueda y sacrificio

Papa Francisco, Ángelus, Plaza de San Pedro, julio 30 de 2017

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El discurso de las parábolas de Jesús, que reúne siete parábolas en el capítulo 13 del Evangelio de Mateo, se concluye con las tres similares de hoy: *el tesoro escondido* (v. 44), *la perla preciosa* (v. 45-46) y *la red de pesca* (v. 47-48). Me detengo en las dos primeras que subrayan la decisión de los protagonistas de vender cualquier cosa para obtener eso que han descubierto. En el primer caso se trata de un campesino que casualmente tropieza con un tesoro escondido en el campo donde está trabajando. No siendo el campo de su propiedad debe adquirirlo si quiere poseer el tesoro: por tanto decide arriesgar todos sus bienes para no perder esa ocasión realmente excepcional. En el segundo caso encontramos un mercader de perlas preciosas; él, experto conocedor, ha identificado una perla de gran valor. También él decide apostar todo a esa perla, hasta el punto de vender todas las demás.

Estas similitudes destacan dos características respecto a la posesión del Reino de Dios: la *búsqueda* y el *sacrificio*. Es verdad que el Reino de Dios es ofrecido a todos —es un don, es un regalo, es una gracia— pero no está puesto a disposición en un plato de plata, requiere dinamismo: se trata de buscar, caminar, trabajar. La actitud de la *búsqueda* es la condición esencial para encontrar; es necesario que el corazón queme desde el deseo de alcanzar el bien precioso, es decir el Reino de Dios que se hace presente en la persona de Jesús. Es Él el tesoro escondido, es Él la perla de gran valor. Él es el descubrimiento fundamental, que puede dar un giro decisivo a nuestra vida, llenándola de significado.

Frente al descubrimiento inesperado, tanto el campesino como el mercader se dan cuenta de que tienen delante una ocasión única que no pueden dejar escapar, por lo tanto venden todo lo que poseen. La valoración del valor inestimable del tesoro, lleva a una decisión que implica también *sacrificio*, desapegos y renunciaciones. Cuando el tesoro y la perla son descubiertos, es decir cuando hemos encontrado al Señor, es necesario no dejar estéril este descubrimiento, sino sacrificar por ello cualquier otra cosa. No se trata de

despreciar el resto, sino de subordinarlo a Jesús, poniéndole a Él en el primer lugar. La gracia en el primer lugar. El discípulo de Cristo no es uno que se ha privado de algo esencial; es uno que ha encontrado mucho más: ha encontrado la alegría plena que solo el Señor puede donar. Es la alegría evangélica de los enfermos sanados; de los pecadores perdonados; del ladrón al que se le abre la puerta al paraíso.

La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de aquellos que se encuentran con Jesús. Aquellos que se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría (cf. Exort. ap. *Evangelii gaudium*, 1). Hoy somos exhortados a contemplar la alegría del campesino y del mercader de las parábolas. Es la alegría de cada uno de nosotros cuando descubrimos la cercanía y la presencia consoladora de Jesús en nuestra vida. Una presencia que transforma el corazón y nos abre a la necesidad y a la acogida de los hermanos, especialmente de aquellos más débiles.

Rezamos, por intercesión de la Virgen María, para que cada uno de nosotros sepa testimoniar, con las palabras y los gestos cotidianos, la alegría de haber encontrado el tesoro del Reino de Dios, es decir el amor que el Padre nos ha donado mediante Jesús.

La decisión más importante

P. José Antonio Pagola

El evangelio recoge dos breves parábolas de Jesús con un mismo mensaje. En ambos relatos, el protagonista descubre un tesoro enormemente valioso o una perla de valor incalculable. Y los dos reaccionan del mismo modo: venden con alegría y decisión lo que tienen, y se hacen con el tesoro o la perla. Según Jesús, así reaccionan los que descubren el reino de Dios.

Al parecer, Jesús teme que la gente le siga por intereses diversos, sin descubrir lo más atractivo e importante: ese proyecto apasionante del Padre, que consiste en conducir a la humanidad hacia un mundo más justo, fraterno y dichoso, encaminándolo así hacia su salvación definitiva en Dios.

¿Qué podemos decir hoy después de veinte siglos de cristianismo? ¿Por qué tantos cristianos buenos viven encerrados en su práctica religiosa con la sensación de no haber descubierto en ella ningún “tesoro”? ¿Dónde está la raíz última de esa falta de entusiasmo y alegría en no pocos ámbitos de nuestra Iglesia, incapaz de atraer hacia el núcleo del Evangelio a tantos

hombres y mujeres que se van alejando de ella, sin renunciar por eso a Dios ni a Jesús?

Después del Concilio, Pablo VI hizo esta afirmación rotunda: "Solo el reino de Dios es absoluto. Todo lo demás es relativo". Años más tarde, Juan Pablo II lo reafirmó diciendo: "La Iglesia no es ella su propio fin, pues está orientada al reino de Dios del cual es germen, signo e instrumento". El Papa Francisco nos viene repitiendo: "El proyecto de Jesús es instaurar el reino de Dios".

Si ésta es la fe de la Iglesia, ¿por qué hay cristianos que ni siquiera han oído hablar de ese proyecto que Jesús llamaba "reino de Dios"? ¿Por qué no saben que la pasión que animó toda la vida de Jesús, la razón de ser y el objetivo de toda su actuación, fue anunciar y promover ese proyecto humanizador del Padre: buscar el reino de Dios y su justicia?

La Iglesia no puede renovarse desde su raíz si no descubre el "tesoro" del reino de Dios. No es lo mismo llamar a los cristianos a colaborar con Dios en su gran proyecto de hacer un mundo más humano, que vivir distraídos en prácticas y costumbres que nos hacen olvidar el verdadero núcleo del Evangelio.

El Papa Francisco nos está diciendo que "el reino de Dios nos reclama". Este grito nos llega desde el corazón mismo del Evangelio. Lo hemos de escuchar. Seguramente, la decisión más importante que hemos de tomar hoy en la Iglesia y en nuestras comunidades cristianas es la de recuperar el proyecto del reino de Dios con alegría y entusiasmo.